«AZORÍN» *

En los primeros años del presente siglo me enamoré de "Azorín". Hoy ha escrito unas 86 obras. La última que leí fué *María Fontán,* en que una muchacha de ojos prietos y encarnados labios se enamora de un bohemio. Mas, cuando me enamoré de él, apenas si "Ahriman", "Cándido" y José Martínez Ruiz acababan de evolucionar hacia "Azorín".

Con una tarjeta de recomendación de Bonafoux había llegado a Madrid el 25 de noviembre de 1896 tras de haber pasado varios años de su niñez, gozando y sufriendo, en un colegio de PP. Escolapios de Yecla.

Visité Yecla hace muchos años. Contaba la ciudad por aquel entonces con unos 23.000 vecinos, poco más o menos (no recuerdo bien). Visité el colegio de Escolapios, junto a la Alameda. Era edificio en buena parte moderno, con iglesia grande. Me hicieron ver allí antigüedades del Cerro de los Santos, descubiertas por los Escolapios de Yecla: tres o cuatro cabezas varoniles, típicas, cinco o seis bustos y no sé qué frag-

---

* NOTA DE LA DIRECCIÓN. El dar acogida en estas páginas del *Boletín* al artículo del Sr. Pitollet sobre "Azorín" no significa —casi huelga el decirlo— conformidad de criterio en algunas de las apreciaciones aquí vertidas.

mentos más. Pero la parte más vistosa de los hallazgos se había llevado a Madrid.

Venido a Madrid de Alicante, me detuve un día en Monóvar, pequeña villa en las montañas de la provincia de Alicante, donde naciera "Azorín" el 8 de junio de 1883, en el núm. 9 de la calle que lleva su nombre, de padre (natural de Yecla) abogado y madre (doña Luisa Ruiz Maestre de Petrel) natural de Alicante de familia de propietarios agrícolas. Había en Yecla cuando estuve, algo más de 7.000 vecinos. Vinos, aguardientes y tejidos constituían la principal industria de Monóvar. En la iglesia me enseñaron una imagen de la Virgen Aurora.

José Martínez Ruiz inició su carrera literaria en Valencia en 1888 estudiando —o no estudiando— Derecho. Escribe en *El Pueblo* de Blasco Ibáñez una serie de artículos teñidos de materialismo. Cuando escribí la biografía de Blasco, me procuró una copia de esas primicias azorinescas. Su libro de predilección era *Las Flores del mal,* de Baudelaire. Luego pasa a la Universidad de Granada. Estamos en 1894. Después le encontramos en Salamanca. El Derecho queda la menos de sus preocupaciones. Por fin regresa a Valencia, donde publica una traducción de *L'Intruse* (1890), de Maeterlinck.

"Querido Fuente —de la tarjeta de Bonafoux al redactor de *El País,* don Ricardo Fuente—,[1] le recomiendo fraternalmente al notable escritor y buen amigo mío señor Martínez Ruiz. Relaciónele con el mundo del periodismo madrileño. Creo que simpatizarán ustedes."

"Notable escritor" y... notable muchacho. Pero Fuente

[1] Era Director de *El País* Alejandro Lerroux. El 8 de diciembre de 1896 "Azorín" ve a Unamuno en la redacción de *El País.* Así habla de él en su folleto de 1897, *Charivari*: "... hay en Unamuno cosas que no me gustan; no me gusta su nebulosidad, su incerteza de ideas filosóficas, su vaguedad de pensamiento." Sabido es que, en la colección de *Obras Completas,* excluídos han quedado los primeros escritos de "Azorín", siendo el volumen I de dicha colección *El alma castellana* (1600-1800), que salió en 1900, y donde se reproducen todos los capítulos de *Los Hidalgos,* descripción erudita de la vida española en el siglo XVII, con indicación de las fuentes que han servido para hacer el estudio. Se había publicado esta obrita en 1900 también.

había escrito poco antes una nota halagüeña sobre la traducción por "el señor Martínez Ruiz" del libro del revolucionario ruso Peter Alexeievitch, príncipe Kropotkin sobre sus prisiones en Rusia y Francia (1887), creyendo que el traductor era hombre de edad. Y en Fornos, habían leído *Literatura,* un folleto compuesto de dos artículos (*La juventud española* y *Revista literaria,* 1896), en que Martínez Ruiz, firmando con su nombre —los dos anteriores: *Buscapiés* (1894) y *Moratín* (1893) van firmados, respectivamente: *Ahriman* y *Cándido*—, confesaba, p. 9: "El escritor novel encuentra a cada paso la eterna pared de que hablaba Larra, nuestro humanista inolvidable. Primero ha de vencer la indiferencia de la crítica —y ¡qué crítica la nuestra!— después la indiferencia del público. Entre nosotros, la crítica es un compadrazgo".

Pero no es mi intento hablar aquí de otra cosa más que de cómo trabé personal conocimiento con "Azorín".

Por aquellos, tan lejanos, años, correspondía ya con Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*); él me acababa de publicar, en *Letras e Ideas,* de Barcelona, un artículo: *Azorín.* Yo estaba entonces en Hamburgo y profesaba lengua y literatura españolas en las clases organizadas por la *Oberschulbehörde,* dando además una conferencia semanal en el *Neusprachlicher Verein* que reunía a los maestros de idiomas modernos de Hamburgo y de la vecina ciudad prusiana de Altona. Pues bien, estaba suscrito a *El Imparcial* y este diario madrileño había comenzado el 4 de marzo de 1905 una serie de artículos: *La ruta de D. Quijote* con la aclaración preliminar siguiente: "El notable escritor "Azorín" colabora desde hoy en las columnas de *El Imparcial.* Hoy sale de Madrid para describir el itinerario de D. Quijote en una serie de artículos aumentarán la nombradía del original humorista". ¿Quién no recuerda las primeras líneas? Despedida de "Azorín" de Madrid y de doña Isabel. Está triste "Azorín" (¿cuándo no lo está?) y dice: "He escrito ya mucho en mi vida; veo con tristeza que todavía he de escribir otro tanto. Lector: perdóname. Yo soy un pobre hombre que, en los ratos de vanidad, quiere aparentar que sabe algo, pero que en realidad no sabe nada". El último

artículo es de 25 de marzo de 1905. ¿Hay, de la Mancha y su capital, visión más lúgubre? "Sentís, escribe, sobre vuestros cráneos, pesando formidables, todo el tedio, toda la soledad, todo el silencio, toda la angustia de la campiña y del pueblo". Tras de estos artículos, salieron otros en el mismo *Imparcial*: *La Andalucía trágica*. En el primero, de 5 de abril de 1905, se confiesa "Azorín" con su acostumbrada modestia: "Yo no quiero engañar al lector. Yo no soy un sociólogo, ni un periodista ilustre, ni un diligente reporter. Yo soy un hombre vulgar a quien no le acontece nada. *Lo que a mí me ocurre*, decía Montaigne, *es toda mi física y toda mi metafísica*. Yo ni aun estas palabras del maestro puedo hacer mías". Mas el cuadro de la miseria del pueblo andaluz que traza "Azorín" es más que conmovedor: es espantoso. En el artículo de 7 de abril, dice: "Ya estamos cansados los que movemos la pluma para pedir un poco de sinceridad, de buena fe, de amor, de reflexión a los hombres que nos gobiernan. ¿Qué va a venir después de este cansancio? ¿No es esto una interrogación formidable?" Y en el artículo del 17 de abril: "España es una nación agrícola; la poca o mucha consistencia de nuestro pueblo está en los campos. Consideramos, entre todas las regiones españolas, como las más florecientes, las del Mediodía y las de Levante. Y los labriegos de estas regiones, sostenes de la patria, hambrientos, consumidos, son diezmados por la tuberculosis."

Yo les leía, a los colegas, doctores y profesores de Hamburgo y de Altona, estos artículos de "Azorín", a medida de que me venían de Madrid, y ellos admiraban al escritor. Así es como, en 1905, hice conocer a "Azorín" en Alemania, mucho antes de que Werner Mulertt publicase su libro en Halle, en 1926 y lo tradujeran Juan Carandell y Angel Cruz Rueda en Madrid, en 1930. También les leí y les comenté el artículo: *D. Quijote en casa del Caballero del Verde Gabán*, por "Azorín" leído en mayo de 1905 en el Ateneo de Madrid con ocasión del tercer centenario de la publicación del *Quijote*.[2]

[2] Dicho artículo, o discurso que digamos, se publicó en *El Ateneo de Madrid en el "Centenario de la Publicación de El Ingenioso Hidalgo de la Mancha"*. Madrid, 1905, p. 293-297.

Recibía *La España Moderna,* de don José Lázaro, en la que publiqué tres artículos, y recuerdo les leí también el artículo de "Azorín": *Impresiones Españolas,* del t. XIV, p. 157-159. De modo que, ya bastantes meses antes de mi vuelta a Francia, me había ocupado con "Azorín". En enero de 1905 se había publicado, en el cuarto año de *La Renaissance Latine,* que salía en París, mensualmente, dirigida por Constantin Brancoran, el primero de todos los artículos que vieron la luz sobre Martínez Ruiz fuera de España,[3] el de Morel Fatio: *Un écrivain de la jeune ecole: Don José Martínez Ruiz* ("Azorín") salió sólo en 1914, en el tomo CCLIV, p. 1097-1100 del *Correspondant* y el de Miomandre en la *Hispania* de París, t. I, p. 116-118: "Azorín" es del año 1918. ¿Qué decía de "Azorín" el artículo de *La Renaissance Latine? "El Alma Castellana,* que revelaba" cette curiosité avisée que sait découvrir le document précis dans les vieux bouquins oubliés, que les bibliophiles collectionnent sans les lire. Ecrivain net et concis, il condensait tout un ensemble de lectures en quelques pages d'un sentiment exact. Il n'épuisait pas ses sujets. On sentait l'artiste, pour que l'art d'écrire est, avant tout, un choix." De *La Voluntad*: "Dans son héros, Azorin, il se peint lui-même et une partie de la jeunesse de son temps: il y a de tout dans ce roman, excepté une intrigue suivie. Des entretiens philosophiques pleins de saveur dans le calme d'une petite ville de la Manche entre Azorin et son maître Yuste, le penseur hardi et paradoxal; des paysages excellemment décrits; des scènes de la vie religieuse, ou populaire. Azorin, après la mort de son maître, part pour Madrid, où il devient journaliste. Mais son scepticisme et son pessimisme entraînet la désagrégation de sa volunté. A bout de forces il retourne dans sa province où il èpouse une femme que n'est pas une intellectuelle et sait vouloir pour deux.[4] Le roman finit par la déchéance lamentable

[3] No está citado en *ninguna* de las bibliografías sobre "Azorín".

[4] Apuntaré de paso que el verdadero "Azorín" se casó en 1908 con doña Julia Guinda Urzanqui, de la que ha trazado la etopeya en 1915 en *El licenciado Vidriera,* cuyo acontecimiento hubo de inaugurar en la vida del escritor una vida extraña de formalidad y ocultación como por

d'Azorín dans le prosaisme de son interieur vulgaire. En somme Martínez Ruiz et Azorín sont des types. Et nous les retrouvions, l'an dernière, dans "*Las confesiones de un pequeño filósofo*"... Después de haber señalado sus artículos en el diario *España* —tras los de *El Progreso,* de Lerroux, en 1898, de *El Globo* (fundado por Castelar), en 1902, donde escribe a veces el artículo de fondo a más de muchos artículos literarios— artículos que en aquel año de 1903 son "très soignes de forme et très subtils de pensée", hay que mentar, pues lo de *España* duró poco, el paso de "Azorín" al semanario *Alma Española.* He aquí una breve cita de su artículo: *Somos iconoclastas*: "Podemos asegurar que ninguno de los jóvenes del día ha leído a Calderón, a Lope y a Moreto (o al menos, si los han leído, no los volverán a leer; lo juramos) y no son pocos los que sienten un íntimo desvío hacia Cervantes..." En 1913, en *Clásicos y Modernos* y en *Los Valores literarios,* repetirá "Azorín" que todo el teatro clásico español es una literatura artificiosa, un modelo de inmoralidad y que nada hay "más inconsistente, estrafalario e inverosímil que, por ejemplo —y entre otros muchos por el autor citados— *El Mágico Prodigioso,* de Calderón. Más abramos *Una hora de España*: *Entre 1560 y 1590,* que se publicó en 1924. ¡Quantum mutatus ab illo! Sí, ¡qué de cambios! y nos encontramos ya en 1920 en *Los dos Luises y otros ensayos.* Allí se lee que todo el teatro clásico español está lleno de poesía, idealidad y dignidad y que —para muestra basta un botón— aquel tan "estra-

vereda subterránea del tráfago literario. Todo lo más serio le sucede desde aquel momento. El que había figurado junto a Lerroux del dije chulesco, del ¡Maura no!, cae al lado de Maura. Y naturalmente, fué achacado a la ambición su cambio político. Le ofrecen el negociado de Prensa en Gobernación y comienza su vida "inactiva" de Diputado a Cortes representando al distrito de Purchena, después el de Puenteareas, después el de Purchehna (otra vez), después el de Sorbas, y cuando por quinta vez ostentara la investidura parlamentaria, represento de nuevo a Sorbas. Y después de haber sido traído al Parlamento por Maura, se hace íntimo de La Cierva. Nadie comprende este cambio. Y los periodistas de la oposición le llaman "el perro laciervero"; ya que su paso a los "negros" descompone los juicios, involucra las razones".

falario" *Mágico* es.... un hermoso drama. *Il n'y a que les imbecilles que ne changent jamais.* Véase a este propósito la *nota* puesta por don César Barja a sus *Libros y autores contemporáneos* (New York, G. E. Steckert and Company, 1935), pág. 284: es del todo sabosa e instructiva.

Otra cita de *Alma Española*... y de "Azorín": "Nosotros conocemos muy bien las obras de nuestros antecesores porque en ellas hemos aprendido a amar nuestro arte; pero ¿cuántos son los viejos que han entrado en una librería a comprar un libro nuestro? No conocen ni nuestras obras ni aun nuestros nombres. La Academia Española, asamblea de viejos, que dispone de cuantiosos medios económicos ¿cuántas ediciones ha hecho de obras de principiantes o qué alientos y confortaciones hemos recibido de allá?, etc., etc." Mas cuando el domingo 26 de octubre de 1924 aquella "asamblea de viejos" recibió en su seno a su destripador de antaño, no supo don José Martínez Ruiz, en su arenga de recepción más que evocar *Una hora de España*: *Entre 1560 y 1590* y, en su contestación, no supo el hijo de Maura, don Gabriel, Conde de la Mortera y Duque de Maura, más que acumular cortesanos cumplidos. La Academia hubiera querido acoger en vez de a "Azorín", a don Miguel Echegaray, más el Ateneo levantó una protesta en grandes pliegos llenos de firmas y la "asamblea de viejos" hizo caso al revuelo de la opinión. Así fué como, por unanimidad de votos, el 28 de mayo de 1924, entró "Azorín" a formar parte de la "Cofradía de los Hermanos de la despedida", ocupando la silla L, dejada vacante por defunción de don Juan Navarro Reverter, q. e. p. d.; y el domingo 26 escuchó, asombrada, dicha Cofradía no ya un discurso, sino todo un libro en el que, para probar a los que no entienden la dicha de ser inmortales que el arte puede a veces serlo, dió "Azorín" la prueba de su presencia inmortal haciendo sonar una hora del pasado con las campanadas de más de tres siglos... Breve, efímera fué la labor académica del "maestro", si dejó de asistir a las sesiones desde que, por dos veces, le negaron la entrada, por él propugnada, a Gabriel Miró (al que, con permiso de la Junta Directiva de *Hispania* dedicaré próximamente un corto estudio, pues le

conocí personalmente en su ambiente de Huerta valenciana estando la costa mediterránea no lejos del pueblecito blanco donde soñaba y escribía obras en que algo hay de Felipe Trigo y de Gabriel y Galán. Pero, señores y amigos, ¡qué maravillosa antología se podía compilar con sólo acopiar extractos de las sátiras contra "Azorín" publicadas tan sólo en 1908 cuando se hiciera el Avellaneda de aquel falso Quijote que tuvo por nombre don Antonio Maura! Recuerdo que una noche en la famosa *cacharrería* del Ateneo, le oí a uno de sus más ardientes detractores pronunciar una filípica que no se me ha ido todavía de la memoria.

"Azorín", decía, tiene su ética doble como cualquier tendero de ultramarinos. Una lo personaliza en José Martínez; le permite ser diputado, mas le niega el don de la palabra. La otra le caracteriza en "Azorín", le concede todos los honores inherentes al periodista y lo mueve a escribir regocijadas demoniuras atinentes a la política. Lo que "Azorín" escribe en su periódico no es lo que piensa José Martínez, y lo que José Martínez no habla en el Congreso, no es tampoco lo que narra "Azorín" a sus lectores, aunque lo parezca. Una diferencia entre los dos seres: uno es discípulo de Maura y Cierva y rinde culto al silencio; el otro es seguidor de Gracián y de Montaigne y suele emborronar cuartillas a mansalva. Así la labor del Diputado no la entorpece el periodista y lo que pergeña el escritor no se opone a cuanto el padre de la Patria oculta en los senos misteriosos de una mudez amable... todo, antes que dar ocasión a que se confundiesen las dotes del silencioso Diputado con las del fecundo colaborador de A. B. C., las ternuras de Pepito en su casa de Purchena con las menudas filosofías del pequeño filósofo y las ladinerías del historiador de Cierva con las candideces del superhombre con estrambote."

A lo que respondía un admirador —pues los había en el mismo Ateneo de la calle del Prado—, no sin tino: "Vuestra crítica no ve más que lo que puede ser convertido en cuchufleta: "yo me levanto..., yo me acuesto..., yo tomo mi bastón..., yo toso..., yo...", y los interminables santorales: "Don Juan,

D. Pedro, D. Eustaquio, D. Próculo, D. Pablo, D. Antonio, etc., etc." Y aquella manía de hacer sonar las campanadas de una hora en los relojes parsimoniosos de los abacos que aparecen en las obras de "Azorín": "La una, las dos, las tres, las cuatro, las cinco, las seis, las siete, las ocho..." No queréis ver más, no comprendéis el resto. Juntamente encontráis o pretendéis encontrar deficiencias, sea de estilo, sea de fondo; decís: "es un imitador de Taine; traduce a Montaigne; sigue los derroteros de Carlyle; está influído por Baudelaire. Es un arribista. Es un escritor superficial, todo menos ser una de las personalidades más destacadas de la hora presente. Y lo que hacéis es copiar su estilo, hilvanar palabras raras, acudir a verbos o modos adverbiales fuera de propósito; en una palabra no enteraros de cómo escribe este admirable estilista, ni entender nada de su fondo inagotable de ideas."

A mi regreso de Alemania escribí a mi buen amigo "Andrenio" para que dijese a "Azorín" cuánto había hecho en tierras germánicas para dar a conocer su original obra. Me contestó Gómez Baquero —entonces Jefe de publicidad del Instituto Nacional de Previsión, calle de Sagasta, 6, Madrid— en enero de 1909, que suponía que Martínez Ruiz me había facilitado los informes pedidos. Efectivamente, había recibido el 20 del mismo mes la siguiente carta:

"El Diputado a Cortes por Purchena. Sr. Dn. Camilo Pitollet. — Sr. de toda mi consideración: El Sr. Gómez de Baquero me dice que me ha escrito usted hace tiempo, una carta sobre asuntos literarios. No he recibido tal carta; hubiera contestado a usted con mucho gusto.

Dice el señor Gómez de Baquero que usted desea más noticias sobre mi vida literaria. Yo no sé qué decir sobre este asunto. Me causa cierta melancolía volver la vista atrás. En las *Confesiones* he contado mi infancia. La *voluntad y Antonio Azorín* son también libros autobiográficos en cierta medida.

Mis libros, ya los conoce usted. *El Alma castellana, La Fuerza del amor* son trabajos de reconstitución histórica; los posteriores pintan la vida actual de España (la vida gris de los pueblos de Castilla). Es en lo que yo he intentado ahondar.

Usé el seudónimo de "Azorín" por primera vez en el periódico diario *España*. Allí publiqué todos los artículos que figuran en *Los Pueblos*.

En 1905 hice, como usted también sabe, aquel viaje por la Mancha siguiendo la ruta de Dn. Quijote y publiqué el libro: *La Ruta de D. Quijote*.

Después he publicado *El Político*, fruto de mis observaciones en la vida política.

Posteriormente no he publicado ningún libro.

Hago periodismo político en el diario A. B. C. Escribo un artículo semanal en *El Diario de Barcelona*.

No escribo en ninguna parte más.

Se han publicado sobre mi personalidad literaria bastantes estudios y monografías.

Yo siento cada vez más horror a la exhibición. Me parecen una cosa indelicada los reclamos de los periódicos, los artículos ditirámbicos, los homenajes, los banquetes. Estoy cordialmente a su disposición para cuanto guste mandarme. De usted compañero y servidor q. s. m. b., Azorín. Madrid, 20 de enero de 1909."

Hubiera querido más detalles, pues proyectaba escribir un estudio detallado de la vida de Martínez Ruiz. Se lo escribí y me contestó eludiendo la tarea:

"El Diputado a Cortes por Purchena. Sr. Dn. Camilo Pitollet. — Sr. de toda mi consideración: Recibí su carta: La tarea que usted me indica es para mí imposible. No recuerdo fechas ni detalles; no tengo siquiera ejemplares de mis libros. ¿Cómo reunir todos los pormenores que usted me pide?

Caso de escribir el proyectado estudio, no tiene usted que consultarme su espíritu. Lo que usted haga estará bien hecho.

En cuanto a traducir algunas obras mías le diré que mis libros no pueden ser traducidos a su lengua de usted; así lo he dicho ya antes de ahora.

Son demasiado castellanos para traspasar la frontera.

En francés, o en otra lengua, no serían nada —si es que en castellano son algo.

Si en algo puedo servirle, usted me mande. Yo tendré mucho gusto en complacerle.

De usted affmo. s. s. q. s. m. b., Azorín.

Madrid, 1.º de febrero de 1909.

Pasaron años. De vez en cuando, me había ocupado de "Azorín" en mis escritos, cuando, estando en Madrid de secretario de nuestro Agregado Naval, Robert de Roucy, mi buena suerte me deparó la corporal presencia de "Azorín". En abril de 1917 el Instituto Fracés inauguró cursos dedicados a literatura, historia, sociología y arte. A la primera de aquellas conferencias, al lado de la Condesa de Pardo Bazán, estaba el señor Martínez Ruiz, el que, al día siguiente, dió cuenta en un artículo entusiasta de A. B. C.: *El Instituto Francés,* cuya conclusión transcribo: "Los insignes profesores del Instituto Francés contribuirán con sus enseñanzas a hacer más intensa la cordialidad entre los dos pueblos. Cuanto se haga por dar relieve y esplendor a los valores intelectuales de las dos naciones me parecerá poco. Libres ya de vanos y lóbregos desvaríos, ensalcemos la claridad latina. Hace muchos años que el maestro citado más arriba, Menéndez Pelayo, escribió su *Epístola a Horacio,* propugnación y exaltación del latinismo; *Epístola a Horacio* que, dicho sea de pasada, quisiéramos ver elegida como tema de ejercicios castellanos en las aulas francesas. La actualidad de ese bello poema del maestro no puede ser más manifiesta. Sea la doctrina que en él se expresa el programa ideal de todos los amantes de la civilización latina, o más exactamente de la civilización a secas. ¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!, exclama el poeta. Y tras de abominar de quienes pretenden enturbiar el arte y la ciencia de nuestra raza latina, termina diciendo que todo será en vano, que en vano se pretenderá destruir la cultura que Roma y Grecia han legado. *En vano,* dice Menéndez Pelayo, *el Septentrión hordas salvajes de nuevo lanzará*".

En aquel mismo mes de abril de 1917 se renovaron nuestras relaciones. Buscaba un artículo de "Azorín" sobre don José Echegaray y deseaba refutar opiniones propaladas por

germanófilos de Madrid acerca de su amor a nuestro Montaigne. Me escribe a este propósito:

"El Diputado a Cortes por Sorbas.—Sr. Dn. Camilo Pitollet.—Embajada de Francia. Calle de Olózaga.—Distinguido señor: Mi artículo sobre Echegaray se publicó en *La Prensa*, de Buenos Aires. No tengo ningún número de dicho periódico. A tenerlo, se lo enviaría con mucho gusto.

No he recibido el artículo suyo de que me habla, ni puedo sospechar a qué se refería usted. Yo soy un buen amigo de Miguel de Montaigne desde hace 20 años... y amigo de la patria de Montaigne.

En cuanto al latinismo, repito lo que dijo Menéndez Pelayo: *¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!*

Suyo cordialmente, Azorín.

Madrid, Los Madrazo, 8.—5 de abril de 1917."

¿Cómo juzgar a "Azorín" si no se le ha visto, si no se le ha hablado?

Es correcto, enternecido, afable. Sonríe con la discreción de un Gracián redivivo. Su sonrisa se asemeja a un rictus, por el desnivel que le da una cicatriz debida a una caída que tuvo de niño. Cuando os estrecha, parece como si midiera con efusivo pánico la aterradora distancia, el infranqueable abismo que separan un hombre culto, refinado, de su semejante. Nada de esas engañosas efusiones a la francesa en las que diríase que se ha de perder para siempre jamás la prudencia del sabio.

Rubio, leonado, de ojos que apenas si se ven, tan ensimismados están en los negros pozos del más sombrío egotismo, oyéndole apenas cuando os contesta, ya que se resiste tenazmente a arriesgar la más mínima improvisación, se experimenta a su lado una como ultraterrenal opresión, un sentimiento indefinible de hallarse en frente de una esfinge mundana a la par que escéptica, que os escudriña desde la atalaya escarpada de un impenetrable pensamiento. Sonríe "Azorín" y calla, calla casi siempre a todo. No se decide a responder a muchas cosas. ¿No ha repetido tantas y tantas veces que no

era orador ni hablador siquiera? Y ¿no será verdad que se puede callar cuando se posee tan relevante sabiduría, cuajada de melancólico suave pesimismo, que abarca todos los más hondos problemas de esta vida y de la otra?

Al optar por Francia al declararse la guerra y dividirse España en dos banderías feroces, al seguir escribiendo en el germanófilo A. B. C., dió "Azorín" maravillosa prueba de lo firme, de lo sólido de su espíritu. Me enviaba a la Embajada sus magníficos artículos, los mejores reunidos en el libro de 1917: *Entre Francia y España,* tan malamente vertido al francés en 1918 por Glorget (*Entre la France et l'Espagne,* editado por Blond et Gay, que durante le penúltima contienda, publicaban en Barcelona *La Revista Quincenal,* notable). El 22 de abril de 1917 me escribe a propósito de uno de aquellos artículos: "Sr. Dn. Camilo Pitollet. — Distinguido Sr.: He querido en mi artículo exaltar el genio de Michelet, Taine, etc. y abominar de la antipática pedantería tudesca.[5] Por esa brutal objetividad teutónica de las fichas, no se va a ninguna parte; se va a la supresión de la iniciativa individual, de la espontaneidad de la vida.

Entre Michelet y cualquier pedante de los salidos de los "laboratorios" germánicos, me quedaré siempre con Michelet.

Gracias cordiales por su envío. Atentamente, "Azorín".

Madrid, 22 de abril de 1917.

A veces se atravesaban en nuestras correspondencias asuntos de menos pura inetelectualidad. Me escribe, por ejemplo, "Azorín" el 18 de octubre de 1917: "El Diputado a Cortes por Sorbas.— Sr. Dn. Camilo Pitollet.—Mi distinguido amigo: Mil gracias por su constante bondad.

He leído con mucho gusto sus trabajos. Nuestro amigo

[5] De la que donosamente se burla en A. B. C. del viernes 20 de abril de 1917: *La erudición.* Asimismo, y con más fuerza aún, en *La Vanguardia* de Barcelona, del martes 22 de mayo de 1817: *La Inquieta rueda* (título que tomó de Gracián, *El Héroe,* XI: "Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una inquieta rueda:"

Unamuno, si después de la guerra persevera en su actitud de ahora, merecerá la gratitud de cuantos amamos a Francia.

Días pasados estuve en esa Embajada a recomendar un asunto comercial.

No he tenido noticia de él.

Probablemente volveré uno de estos días. Preguntaré por usted y tendremos el gusto de charlar un rato.

Cordialmente suyo, "Azorín".

Madrid, 18 de octubre de 1917.

Durante la guerra estuvo "Azorín" varias veces en París hospedándose en uno de los hoteles de lujo de la capital, El Majestic, 19 avenue Kléber. De sus relaciones con la *Action Française,* nada diré, sino es que le ofrecieron un banquete y hubo grandes elogios de él en el periódico de aquellos señores. Con su obrita de 1918 *París bombardeado y Madrid sentimental,* no incluyó los artículos por él publicados en *La Prensa,* de Buenos Aires, en que relataba su visita al frente norteamericano; mas ¿quién se cuida hoy de aquella guerra, cuando Alemania va a ser la aliada de la civilización europea contra el comunismo de Stalin?

Terminada la guerra volvió "Azorín" a Francia, a Burdeos en junio de 1919. En el mes de abril del mismo año, por influjo de La Cierva, habían hecho de él un Subsecretario de Instrucción Pública. Esta nueva dignidad motivó su viaje, pues se hacía con motivo de la Exposición Española en la capital del Suroeste francés. Tenía "Azorín" por compañero a don Alfonso Reyes, que dió cuenta en unos artículos de *El Sol,* de Madrid, en junio y julio y los reimprimió en 1937 en su libro, *Las vísperas de España,* impreso por las Ediciones Sur en Buenos Aires, págs. 217-253. No resisto al placer de transcribir unos pasos: "Vuelvo a Burdeos contento, porque voy en compañía de "Azorín" y aplico al revés la frase de Lope[6] "que es insufrible trabajo caminar al lado del que, por lo menos, ignora la lengua latina cuando no sepa otro género de

[6] En el segundo libro de *El Peregrino en su patria,* 1604.

facultad. "Azorín", digo yo, usted se preocupa de los capicúas;[7] vea usted, este vagon es número 626". A poco de arrancar el tren —momento típico en la literatura y en la sensibilidad de "Azorín"—. Este me muestra las luces de Madrid y me dice: "¡Las luces de Madrid! Ahora la gente está en las fondas, los cafés, los teatros. Y nosotros vamos a Francia, aquí en este tren". Se despierta y se afeita a las cuatro de la mañana. Conoce mucho el camino; va presintiendo los paisajes. De tiempo en tiempo cae una cita de Gautier sobre España. —"Eso le gusta mucho a Baroja —y sonríe." Una cita de Víctor Hugo sobre Pasajes y sobre cumbres donde no hay un solo ruiseñor que el poeta romántico llama: "nidos de ruiseñores". —"Eso le divierte mucho a Baroja". Arriba de Miranda de Ebro me dice: "Verá usted cómo al entrar en tierra vascongada cambia hasta el color de la atmósfera". El campo de Burgos —loma de verdura con racimos de árboles— comienza a cambiarse en unas como sobrepuestas cumbres de rocas... Sigue la descripción del país vasco. "Azorín" declara que nunca se pasa el Bidasoa sin emoción. Dejo de copiar. No tiene interés. Mas una cosa he de notar al paso. Que no hubiera a fines de junio cantos de ruiseñores "sobre las cumbres", si los extrañó Hugo nosotros no. Mas que pasara el tren "un pueblo cuyo reloj tiene una inscripción que dice: "*Ultima necat*" eso sí que es burdo engaño, aunque afirmase "Azorín" que Baroja lo recuerda mucho. La inscripción está en Urrugne, pueblo que dista 4 kilómetros y 700 metros de la vía férrea, y se lee en la esfera del reloj de la torre de la iglesia: *Vulnerant omnes, ultima necat.* Es claro que si Baroja lo recuerda mucho, "Azorín" lo recuerda por Gautier, el que al pasar en la diligencia por Urrugne, lo recordó. "El cuadrante de la iglesia de Urrugne, escribe en su viaje de 1840, por donde pasamos, tenía escrita en negras letras esta fúnebre inscripción: *Vulnerant omnes, ultima necat.* Sí, tienes razón, cuadrante melancólico; todas las horas nos hieren con la punta acerada de sus agujas, cada vuelta de su esfera nos empuja

[7] Efectivamente, en su *París bombardeado.*

hacia lo desconocido.[8] Pasado Urrugne —que no se pasó— "Azorín" pide un vaso de agua de Vittel y le pregunta a Reyes: "¿Ha probado usted el agua de Vittel?" A los cual contesta el literato mejicano que hasta la ha tomado por régimen. Entonces le viene a la desquiciada mente del Sr. Subsecretario de I. P. la observación de que tiene la botella de Vittel "en la etiqueta un hombre gordo parecido a Sainte-Beuve" y, añade Reyes, —"una divisa digna también de Sainte-Beuve" —¿qué divisa? *Je vous le donne en cent; je vous le donne en mille.* Es la divisa del agua de Vittel: —*Qui s'y frotte, s'y pique.* Y la divisa del agua de Vittel es digna también de Sainte-Beuve. Mas no hemos acabado con las sorpresas. En Burdeos, "el profesor Armstrong, de la Princeton University, responde por los americanos. En el uniforme militar, alto, flaco, de pecho hundido, bigote recortado y gris, espejuelos de oro. Se sacude un poco como para sacar del cuerpo la voz con gran trabajo. Habla en francés lentamente, con visible esfuerzo material, pero con notable seguridad sobre lo que ha de decir. Es sutil, amable, risueño. Un poco predicador. Muy psicólogo. Dice que americanos y franceses han aprendido a conocerse: ni todos los franceses eran ligeros, ni todos los americanos eran acróbatas. Es poeta: "en medio de vuestros dolores habéis tenido para nosotros sólo sonrisas". "Pero en el fondo y a pesar de su pecho hundido, M. Armstrong es también algo acrobático: habla largo, largo". Y ¿D. José Martínez Ruiz? D. José Martínez Ruiz va a inaugurar la Exposición Española, con la redingote y la chistera, tiene un aire grave, insólito, entre escandinavo e inglés. Recogerá en Burdeos esa simpatía afable que se ganó cuando llevaba a su periódico, en plena contienda europea, la alentadora certeza de la victoria aliada. Le dan un banquete de honor. En el diario bordelés *La France du Sud-Ouest* de 30 de junio de 1919 se dió cuenta de aquellos opíparos

[8] Teófilo Gautier, *Viaje por España*, traducción de Enrique de Mesa, Madrid, CALPE, 1920, tomo I, pág. 28. Véase la tesis doctoral de Gilberte Guillaumie Richer: *Théophile Gautier et l'Espagne*. Ligugé, 1936, pág. 85. en su *España*, Gautier insertó un poema: *La voiture fit halte à l'église d'Urrugne*, sobre aquella inscripción.

ágapes. Mandó telegramas Quiñones de León. Aplaudió el Prefecto de la Gironda. El Rector M. Thamin exultó. El Sr. Alcalde felicitó. Usaba barba puntiaguda. Era moreno. Su mirada era penetrante. El pellizco de los lentes le había dejado exaüe el entrecejo. El Presidente de la Cámara de Comercio, Mr. Gaustico, hablaba unas veces francés, otras inglés. Llevaba unas barbas de profeta. Tenía su mesa una celebridad inmensa. El Procurador General y Presidente de la Academia es Monsieur Chaxwell. Ha viajado mucho por España y colecciona en su hermosa casa platos y jarrones de... Cataluña. Monsieur Courteault conoce en Burdeos todos los escondrijos donde se metían Goya y los emigrados españoles de marras. M. Thamin, amigo de Dn. Miguel de Unamuno, conoce al dedillo por él cuanto pasa en la joven España (si bien D. Miguel no es joven más que en espíritu). Y monsieur George Cirot conoce mejor aún cuanto pasaba en la vieja España del P. Mariana. Pero "Azorín" aprendió en Burdeos una cosa inaudita. En su discurso, a los postres del banquete, omitió hablar de su descubrimiento (le habían regalado la famosa edición de Montaigne con las variantes del autor), no explayándose más que en el arduo tema de la entronización del espíritu sobre cualquier otro motivo ocasional. El descubrimiento de "Azorín", empero, era de capital interés. En sus reportajes de 1905, a que se aludió más arriba, advertía que el andaluz de Lebrija tiene una manera especial de probar el vino. Arquea los hombros. Comba un sí es no es la espalda. Exactamente como si su pecho se dispusiera a resistir una arremetida. Pues bien: el buen bebedor de Burdeos —y sabe Dios si los hay— coge su copa por la base, la remueve cuidadosamente de modo que se comunique al zumo divino de la vid un movimiento de rotación. Tras lo cual acerca la copa... ¿a qué dirían ustedes?, ¿a los labios? ¡Ca, no, señores! La acerca a su nariz y husmea el olor, y no os vayáis a escandalizar, si, con arrogante suficiencia exclama nuestro experto catador: "¡Que destapen otra botella!, este vino sabe a corcho. ¡Il sent le bouchon!"

El viaje a Burdeos no fué la única ocasión en que patentizó "Azorín" su francofilia. En mayo de 1921 vino Sara Ber-

nhardt a Madrid. Había cumplido 77 años e iba a representar un personaje de 18. Se hospedó en el Palace Hotel de M. Marquet. Su nieto Louis Verneuil, la acompañaba. Hacía tres años que la habían operado en Nueva York cortándole una pierna. Daba, en su pequeño sillón de brazos, semejante a unas andas, la sensación de un antiguo ídolo recubierto de encajes y sedas. Su piel terrosa, curtida por los años, flácida y cuarteada por profundas arrugas, descarnadas sus manos. Sólo los ojos, cual dos abalorios verdosos, retenían el soplo vencedor de la vida. Para disimular su inverosímil irrealidad llevaba colgada túnica de seda, con chorreras de encaje. Unas trenzas de rubia niña asomaban sus áureos lingotes bajo el ala del sombrero. Era tan violento el contraste del cabello joven con el rostro marchito que la mentira resultaba chocante. En A. B. C. de 24 de mayo de 1921 hay una caricatura de ella por Fresno que horroriza. En el mismo número de A. B. C. se publicó una entrevista que con ella celebró Ramón Martínez de la Riva. El orgullo de aquella vieja da grima. Alfonso XIII la condecoró. El público de La Comedia la aplaudió, el Ateneo le tributó un homenaje en que "Azorín" le dijo galanterías. Mas la única mueca espantosa que quedó en la placa fotográfica de la puerta de Palacio, bajo el implacable sol de Madrid, fué la de una muerta viva, con la comisura de la boca sumida, los surcos acentuadísimos de las sienes, en su silla de manos, revueltas sus momificaciones entre las flores de trapo de un sombrero arcaico y la piel de un boa lujoso, con una piel que le subía hasta la cintura, tapando la parte baja del cuerpo mutilado....

¿He terminado con "Azorín"? No, mas *il ne faut pas abuser*. Sólo añadiré que acabo de leer, tras cuantos años de olvido, otra vez *Castilla*. El libro, lo componen artículos diversos, unos —cuatro o cinco— que habían salido en A. B. C. bajo el título de *Tópicos del día;* los restantes inéditos —en noviembre de 1919 se entiende—. Y he experimentado, tras tantos años, la misma sensación, es a saber: que en aquellas páginas estaba aprisionada una partícula del espíritu de una Castilla que, si fué, ya no es más. Por aquellos lejanos tiempos

decía yo que si todos los escritores españoles fuesen como éste, España volvería a recobrar la jerarquía intelectual perdida.

Estamos en vísperas de la gran catástrofe. "Azorín" ha sido primero un rebelde, un exaltado, un impaciente. Al asomarse al mundillo de los literatos se había encontrado, como todos los noveles, con puertas cerradas, sitios ocupados. Y en vez de resignarse, de dar tiempo al tiempo, ya que el tiempo es *galantuomo,* había gritado, protestado, no respetando ninguna de las glorias establecidas. Había sido duro, implacable, injusto. Soberbio y vanidoso, no admitía consejos ni advertencias. Mas he equí que ha triunfado "Azorín"; cerradas para él las columnas de los periódicos burgueses se le han abierto. Su firma se cotiza en el mercado de la literatura al día. Los portavoces de la nueva generación —los Unamuno, Benavente, Valle Inclán, Grandmontagne, Manuel Bueno, Maragall, Pío Baroja, Maeztu— le consideran uno de los suyos, y ocupa entre ellos un lugar preferente. Mas el público que lee —público en la España de aquel entonces muy reducido— le conoce apenas y él pretende que su nombre vibre de un extremo a otro de la Península, que cruce fronteras y mares, que llegue hasta los más remotos confines, a dondequiera que haya unos labios que bulbuceen el habla de Castilla. "Tengo una fiebre loca de notoriedad", le escribe un día a un amigo en un arrebato de franqueza. Es cuando nace "Azorín". Es decir que surge un escritor de extraña, si no absurda personalidad literaria, el "pequeño filósofo" —el paraguas no lo llevó jamás, mas sí el monóculo— con su estilo monótono, seco, sus infantiles galicismos, su prurito de vocablos arcaicos, su ridículo abuso de los pronombres personales, sus machaconas repeticiones de los conceptos, sus cambios inmotivados en los tiempos de los verbos; esos saltos funambulescos de un presente a un pretérito, de un pretérito a un futuro. Pero ha conseguido Martínez Ruiz cuanto se propusiera: tenía personalidad, tenía estilo propio. Nadie que leyera tres líneas seguidas de él pudiese dudar que no fuesen suyas.

Pasan los años. Y a medida de que pasan, el espíritu estético de Martínez Ruiz se va depurando, refrenando. Hay un momento en que se le ve vacilar, un momento crítico de indecisión. Duda, titubea. Otras cuestiones del todo ajenas a la literatura, parece que van a torcer su dirección espiritual. Se resuelve la crisis y "Azorín" surge de ella más puro, diáfano, limpio. No sé si no quedan en él secretas vanidades, oscuras manchas de presunción, esos átomos inconfesables que roen las conciencias más nobles. Mas es lo cierto que ha alcanzado el ápice de evolución artística, aquel estado de beatitud interior en que la sinceridad y la indenpendencia del pensamiento se combinan en un goce inefable, al lado del que los materiales deleites palidecen, un goce que estriba en la íntima, suave, embriagadora convicción de que ha triunfado el lento esfuerzo propio y se han cristalizado los más ardientes anhelos del alma, en una fórmula imperecedera. ¿Cuántos escritores españoles, en la época de aquella sublimación del ingenio de "Azorín", pudieron otorgarse a sí mismos tan confortante testimonio? ¿Acaso no saben los que, como el autor de estas líneas han vivido la vida literaria de Madrid en los años que precedieron la mal llamada *Gran Guerra,* que, tras de cada artículo, de cada libro que se escribía, se alentaba una cobarde sospecha de egoísmo, de cuquería, de presunción, de vanidad? Dados estos tan evidentes hechos, ¿qué admiración no debiera suscitar en los espíritus rectos, en los observadores imparciales el caso de un literato que escribía por el mero gusto de escribir o, mejor aún, de explayar la rica vena de su credo estético? "Azorín", pasado su *Sturm und Drang,* había llegado a la suprema manifestación del arte de escribir: la sencillez. Si es que sólo siendo puro y sencillo, se puede lograr la santidad artística.

Decir esto en el año 1954 suscitará quizás la risa, ya que atravesamos un período de decadencia, apenas velada por los progresos científicos. "Con los bosquejos de toda edad literaria, observaba Taine, es el arte débil e infantil, porque la convergencia de los efectos es insuficiente y estriba la falta en la ignorancia del escritor. Al final, por el contrario, se nota un período de decadencia. Viene a ser el arte un pobre viejo, he-

lado por la rutina y la conveniencia. También falta aquí la convergencia de los efectos, mas la falta yo no depende de la ignorancia. Los procedimientos del arte de escribir han sido perfeccionados, refinados, hasta el punto de llegar al dominio común. La lengua ha alcanzado su madurez; está hecha. Sabe el más insignificante plumífero cómo se construyen las frases, se balancean los períodos, cómo se conciertan dos rimas, cómo se maquina un desenlace." Y es verdad; nunca se ha llegado a un dominio tal de la forma, a una maestría más absoluta del estilo. El más ligero artículo, la más efímera crítica cautivan la atención del incauto público, en las mujeres que ahora tanto leen. Pero, contrastando con las bellezas exteriores ¡qué pobreza de ideas, qué ruindad de conceptos, qué desconcierto en la ética! Diríase que esos señores que baten todos los records de las grandes tiradas se han lanzado a la solución del no arduo problema de quién será más anodino, más insulso. Son el prototipo de la insustancialidad.

Por esto es por lo que la lectura de *Castilla* me ha encantado a pesar de su fecha. Decadente, si se admiten los viejos criterios clásicos, por lo que tiene de perfección su forma, es primitivo por su ingenuidad y frescura, su poder de sugestión. Se apodera de un hecho real o fantástico —inspirado por la vida o sugerido por una lectura— y lo va glosando, desarrollando, desenvolviendo hasta llegar a una conclusión. Esta glosa se va haciendo lenta, lógicamente, sin sorpresas ni gritos. Tiene "Azorín" un santo horror a los gritos."

" Interrogado sobre si le gustaba su calle en Madrid —la de Los Madrazo, aquellos pintores anecdóticos— confesó que en ella "había muchos ruidos" y que la en que le habría gustado vivir más, acaso fuese la de Relatores, donde escribió los últimos capítulos de *La Voluntad*. Y de los pueblos por los que pasaba, era Alcor de la Frontera su predilecto (es un pueblo que está en el pico de una montaña; al pie pasa el Guadalete; Alcor de la Frontera se destaca sobre uno de sus fondos admirables, españolísimos, de que tanto gustaba Velázquez). Y de las mujeres (de sus libros: *Las Lolitas, Las Rosarios, Las Consolaciones, Las Esperanzas*), la hija de los dueños de la Casa de Cervantes en Esquivias, conquistó su predilección (teórica): menuda, proverbial, tersa y ceñida y de ojos de azabache...

En el capítulo, *Ventas, posadas y fondas,* de *Castilla,* escribe: "Muchas veces hemos pensado que el grado de sensibilidad de un pueblo —consiguientemente de civilización— se puede calcular, entre otras cosas, por la mayor intolerancia al ruido. ¡Cómo tienen sus nervios de duros y remisos estos buenos españoles, que, en sus casas de las ciudades y en los hoteles, toleran las más estrepitosas barahundas,los más agrios y molestos ruidos: gritos de vendedores, estrépitos de carros cargados de hierro, charloteo de porteros, pianos, campanas, martillos, fonógrafos!" Este horror a los gritos materiales se ha hecho en "Azorín" extensivo a cuanto en el dominio espiritual suena a estrepitoso y retumbante. De ahí su odio a las frases huecas, a los párrafos complicados, a los conceptos altisonantes, a los períodos retóricos de relumbrón y oropel; lo que ciertos críticos sin fondo cultural han dado en llamar un estilo brillante, como si para todo escritor de raza fuera el adjetivo otra cosa que el calificativo necesario para evocar la sensación justa y exacta, relativamente justa y exacta, de la idea de donde ha de nacer la fuerza de sugestión que hace pasar por las páginas de un libro, una corriente intensa de vida.

En *Rivas y Larra* (1916), y en otros lugares que no recuerdo, criticó "Azorín" a Menéndez Pelayo llamándole "orador escrito". En 1949 [10] se me criticó a mí por haber dicho de Menéndez Pelayo que su inmortalidad pendía de quebradizo hilo (pág. 243). La inmortalidad de "Azorín" pende de hilo perenne. La España de Franco, por cierto, no es la España de *Castilla.* Por esto precisamente gusta y gustará siempre este libro evocador de un pasado muerto. En *Las Nubes* se revive *La Celestina,* y en *Lo Fatal,* el *Lazarillo de Tormes;* en *La fragancia del vaso* y en *Cerrera, cerrera,* las creaciones de Cer-

[10] Véase el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* Santander, 1949: *Epistolario de C. Pitollet y Menéndez Pelayo, con un prólogo por Camille Pitollet y un epílogo por Enrique Sánchez Reyes,* págs. 229-345. En el mismo *Boletín* acaba de publicarse una parte de mi correspondencia con don Miguel de Unamuno: *De mis memorias. Recuerdos de* Alemania; en el *Boletín,* año 28, núm. 1 y 2, enero-junio de 1952, páginas 50-98.

vantes. Y en todos aquellos capítulos —*El mar, Lucecita roja, Una flauta en la noche, En la casa cerrada*— flotan por igual honda tristeza y dulce melancolía. Y esto nos llega al alma y no dejará de llegar al alma de las generaciones postreras. "Una preocupación por el poder del tiempo —confesaba "Azorín" en su *Prólogo*— compone el fondo espirituado de estos cuadros. La sensación de la corriente perdurable e inexorable de las cosas, cree el autor haberla experimentado al escribir algunas de las presentes páginas".

¡La corriente inexorable de las cosas! Algo a manera de *Segunda Parte de Castilla*, por el asunto y la forma, me parece ser *Al margen de los clásicos* (1915). Pues en este libro hay un capítulo: *Las nubes*, en el que los dos temas fundamentales de toda vida humana: el amor siempre renovado y el tiempo siempre inexorable, modulan y se enlazan como en un poema musical de Richard Wagner. Lo insertó en su totalidad don Julio Casares al final de su estudio sobre "Azorín" —*Crítica profana*, Madrid, 1916; 2.ª ed. Madrid, 1935; Casares fué electo a la Academia en 1919; véase la protesta de J. de Valdés en la revista *España* de 13 de noviembre de 1919, páginas 8- 9 —y lo reimprimió el mismo "Azorín" en 1717 en sus *Páginas escogidas*. Madrid, Calleja, págs. 207-212. Sí, pasan los años, se modifican las costumbres, se renuevan las ciudades, el progreso de la civilización trae nuevos alicientes a los hombres, nuevas ventajas; en las verdes praderas donde pacían los mansos ganados se abrieron caminos donde pasan raudos los autos, mas la vida en su fondo esencial no cambia. Lo mismo ahora que antes hay seres que ríen y seres que lloran y los sublimes ideales no matan el dolor, la miseria de los corazones. Son verdades como un templo y sería pedantería insistir.

Terminaré con una cita de "Azorín": "Todo es perecedero acá en la tierra. Y la belleza es tan contingente y deleznable como todo.... Cuando las generaciones nuevas tratan de destruir los hombres antiguos, consagrados... se estremecen de horror los viejos. Y no hay nada definitivo. Los viejos hicieron sus consagraciones: ¿qué razón hay para que las acepten los

jóvenes? Su criterio vale, por lo menos, tanto como el de sus antecesores. Yo me siento viejo, enfermo y olvidado. Pero mi espíritu ansía la juventud perenne. Los hombres que admiten sin regateos las innovaciones de la estética son más humanos que los viejos. La innovación es, al fin, admitida por todos. Pero los jóvenes la acogen desde el primer momento con entusiasmo, y los viejos cuando la fuerza del uso general les pone en el trance de admitirla; es decir, cuando ya está sancionada por dos o tres generaciones."

Pau.
CAMILLE PITOLLET

P. D.: Para describir al "Azorín" de la época de la "Grand Guerre", que fué cuando tuve la dicha de conocerle en los *Madriles* más que nunca alegres y confiados, confieso mi lamentable impotencia (dicho sea con galicismo), pues era hermético. Su interior de la casa vieja de la calle de Los Madrazo en que vivía, no se diferenciaba de ningún otro de las mansiones burguesas de la Villa del Oso y del Madroño. De los muros, como del alma del inquilino, estaba desterrada toda nota personal, que recordara la bohemia de marras. Apenas si se divisaba una cabeza, creo que del Greco (una cabeza quizás inferior a la del gran "Azorín" entre sus libros, por Lahuerta). En suma, no se estaba en el despacho de un ilustre escritor, sino en el antro de un Diputado a Cortes... digamos por Puenteáreas.

¿Y el físico del empleo? Honda decepción, amargo desengaño. Grueso, pequeño, con el semblante inexpresivo (placentero si se quiere) de un cuadro místico pintado por un artista flamenco (no se confunda: quiero decir, de Flandes) de época de don Felipe el Prudente. Apartaba del interlocutor gabacho sus grises pupilas, tenía enclavijados los dedos sobre su abdómen cual piadoso abad, miraba al sesgo a modo de un anglosajón ahito de "brandy, mucho brandy"; hablaba entre dientes mascando y devorando sílabas como hacen los gentlemen de

allende el Canal de la Mancha, y como hacía Sarah Bernhardt (bien lo recuerdo) tras su viaje a la ciudad de la niebla. ¿Era tímido? Encogido en su silla, se parecía a un reo plácido, inconfeso. Fué una caza de respuestas y preguntas al vuelo. Levantó los hombros en actitud de soberano desdén a mis contingencias. El *que sais-je?* de Montaigne, o más bien el ¿a mí qué se me da? del castellano escepticismo. Que le admiran en Francia! *Allons donc, quelle vaste bague.* ¡Los franceses no admiran más que a sí mismos. O, a lo mejor, admirarán a unos extranjeros que no merecen que se los admire... Sí, el caso de "Azorín" era curioso, curiosísimo. En sus novelas, era cordial, efusivo, irónico —a lo Dickens— y una emotividad sutil se descargaba, en efluvios breves, de sus páginas magistrales; mas la entrevista ponía sordina a su guitarra. La bancarrota del héroe —Maeterlink y Papini en inestable connubio— y algo también del Flaubert, del *Bouvard et Pécuchet* y de Sterne y de Anatole France. ¿Era todo? Oíd lo que apuntan los últimos historiadores franceses de la literatura española: "Azorín" a subi les influences les plus diverses: Kropotkine, Tolstoi, Schopenhauer, Nietzsche, Montaigne —qu'il cite parfois—, Taine, T. Gautier, Baudelaire, A. France (*Confessions d'un petit philosophe*), Sainte-Beuve, Hennequin, Guyau (*Evolution de la critique*) et même Barrès et Maurras (*Histoire Illustrée de la Litterature Espagnole*, par Robert Larrieu, Professeur agrégé du Lycée Henry IV et Romain Thomas, Professeur agrégé au Lycée Janson-de-Saylly. Paris, Didier, 4 y 6, rue de la Sorbone, 1952, pág. 449.) Ni uno de más, ni uno de menos...

C. P.